



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II

PUDOR DAÑINO

Suelo recibir cartas de escritores que tienen ganada una reputación en la república de nuestras letras, y por lo general me gustan más las tales cartas que cuanto dan al público sus respectivos autores. Veo en ellas una sinceridad y una frescura que en vano busco en los más de sus escritos. En las cartas hay quien se vierte y vacía, hay quien desnuda su espíritu y se entrega á indiscretas confidencias: ante el público no.

El escritor español tiene mucha menos afectación y menos comedia que el francés, no gusta de la pose, es más sencillo al parecer, pero es también más tieso, más envarado, más reservado. Rara vez deja traslucir la interioridad más interior de su espíritu. Nuestra franqueza no es más que aparente.

He estado creyendo mucho tiempo que si nuestros escritores son tan poco subjetivos, muestran tan poco de su íntima vida espiritual, es porque no la tienen; que casi toda nuestra vida es vida exterior; que apenas caben en España ejemplares de las razas de los Werther, René, Obermanz, Rafael, Adolfo, Jacobo Ortiz y demás rumiantes espirituales. He estado creyendo que nuestro natural recio, dogmático, tallado de una pieza, fuertemente positivista en el fondo, nada nebuloso, se compadecía mal con la vida interior. Porque nuestro héroe, don Quijote, apenas tenía vida interior; toda su locura se exteriorizaba en aetes, no era un hombre que se entretuviese en zahondar su propio espíritu. He estado creyendo esto por mucho tiempo, y aunque todavía lo creo se ha templado y modificado no poco esa creencia mía. Porque, en efecto, no somos tan poco europeos, ni aun en lo malo, que no nos haya invadido el mal

del siglo y la *psicastenia* que sigue al intelectualismo. Aunque no se hayan aclimatado los *suspirillos germánicos* y siga siendo lo castizo la *poesía colorista* y predominantemente objetiva que deriva de los viejos romances, empiezan nuestros suspiros á sonar á germánico. Realmente aquí hay más gravedad que tristeza, pero no deja de haber ésta.

El extranjero que juzgando al castellano por el exterior le cree adusto y serrote, amarrido, *morne*, como dicen los franceses (*le morne castillan*), no le juzga más que por la exterioridad; su adustez está en la cara, y en la cara su seriedad. Es taciturno por lo general, sí, pero no porque rumie sus pensamientos, sino porque nada tiene que decir.

Se ha templado aquella mi creencia en que aquí no haya vida interior, digo, y se ha templado al conocer á algunos escritores por sus cartas. Es que la vida interior suele serlo de flaquezas y miserias, de debilidades y pequeñeces, y aquí nadie gusta descubrirse. Aquí se llegará á escribir de todo, pero dudo mucho que se aclimaten las *Confesiones*. No entra en nuestro carácter el ir mostrando el gangrenoso muñón para despertar la piedad de los transeúntes, no cultivamos el *sport* de ser miserables y de llamar la atención inspirando pública lástima. Nuestra *hidalga dignidad* nos lo impide. Y ¡desgraciado del que lo hiciera! Aquí se celan y ocultan cuidadosamente las miserias todas.

Esto tiene sus ventajas, es indudable, pero tiene también grandes inconvenientes, sobre todo para lo más íntimo de la cultura. Es un pudor dañino. De él deriva la oquedad de casi toda nuestra literatura, la extremada pobreza de nuestro psicologismo literario, lo meramente objetivo y externo de lo más de nuestra producción artística. Apenas anda un alma por las páginas de nuestros libros; no son más que vestiduras de almas.

Y esto trae otro mal, y es que vivimos en nuestras relaciones sociales un régimen de mentira. Dos personas pueden llamarse amigos, tutearse, tratarse durante años y más años y no haberse conocido.

Pero esto merece artículo aparte.

Miguel de Unamuno.

